

A la media hora sintieron que la tierra se estremecía bajo sus plantas, y percibieron los bramidos del huracán.

De pronto arrojó este una gran cantidad de fuego envuelta en humo, y volvió á caer sobre los viajeros.

Estos tuvieron que guarecerse bajo unas rocas para no sufrir aquella nube de piedras y fuego.

Los dos soldados que acompañaban á Diego de Ordaz declararon que no proseguían adelante.

Trató de convencerles, y no pudo lograrlo.

Después de aguardar más de dos horas en aquel sitio que habían elegido para defenderse de la ardiente lava, notaron que la columna de humo iba empequeñeciéndose poco á poco, llegando hasta extinguirse.

Entonces se acercó Diego de Ordaz hasta el borde del volcan. Tenía cerca de un cuarto de legua de circunferencia.

La lava hervía en el fondo, produciendo un rumor espantoso.

Allí descubrió Ordaz gran cantidad de azufre, y este descubrimiento fué muy útil para los españoles cuando algun tiempo después se les acabaron las municiones de guerra.

Diego de Ordaz volvió á reunirse con los soldados, y no tardó en llegar donde estaban, llorándolos por muertos, los tlaxcaltecas.

Todos juntos descendieron á la ciudad, y fueron saludados con entusiastas aclamaciones; desde entonces se aumentó considerablemente el prestigio de los españoles.

—No hay duda, se decían unos á otros los tlaxcaltecas, son dioses, y tienen más poder que los nuestros, puesto que han hecho enmudecer con solo su presencia el monstruo que tanto nos aterraba.

—¡Qué fortuna la nuestra por haber conseguido su amistad!

—Nuestros dioses se han apiadado al fin de nuestra suerte.

CAPITULO VIII.

Influencias y temores.



ERCA de un mes estuvieron los españoles en Tlaxcala.

En todo este tiempo aumentó su prestigio, y se extendieron sus relaciones.

De todas las tribus y provincias vecinas acudieron emisarios á rendir pleito-homenaje á los extranjeros, reconociendo por su soberano al emperador Carlos V.

Hernan Cortés mandaba tomar acta á los escribanos de estas declaraciones de los indios, porque queria presentar al monarca con todas las formalidades las conquistas que iba haciendo.

Llegó el momento de tomar una determinacion, y reunió Hernan Cortés en consejo á sus capitanes para acordar con ellos el rumbo que deberia tomar.

El valiente caudillo deseaba ir á Cholula.

Esta ciudad, ademas de ser sagrada por los infinitos templos que habia en ella, era la más adicta á Moctezuma, y tanto, que se alojaban sus tropas en ella á establecer su cuartel general cuando iban á llevar á cabo alguna de las muchas conquistas que para entretener sus ócios les encomendaba el emperador de México.

Aceptóse la proposicion de Hernan Cortés, y dió parte á Magiscatzin de su acuerdo.

El anciano senador se estremeció.

—No dirijais vuestros pasos hácia esa ciudad, dijo; guíaos por mi consejo, porque os quiero bien.

En Cholula hay dioses cuyo poder es inmenso.

Yo no sé si el vuestro bastará á dominar el suyo.

Los prodigios que han obrado con los enemigos de los habitantes de Cholula, han sido tales, que hoy ningun viajero se atreve á poner la planta en la ciudad sin que ántes los sacerdotes consulten á los ídolos, y éstos accedan á ello.

Marchad á Guajonmigo. Es un país en donde no faltarán víveres, donde encontrareis la más benévola acogida.

Los embajadores de Moctezuma, contestó Hernan Cortés, me han asegurado que el emperador no se opone ya á recibirme. Me han anunciado además que ha dado orden para que me dispongan alojamiento en aquella ciudad.

Si no aceptase sus favores, si tomase otro camino atribuirían á debilidad, á miedo de mi parte, esta resolución. Yo no temo ni á Moctezuma ni á esos dioses que tanto pavor os infunden.

—¿Y no ves, añadió Magiscatzin, en las palabras que los embajadores del tirano os han hecho en su nombre, un lazo que os quieren tender?

—Poco me importa; energía y fuerza me sobran para contrarrestar sus planes, para castigar cualquier intriga.

—Sea en buen hora lo que quereis, añadió el senador; pero permitidme al ménos, ya que tan grande es el afecto que os profeso, que reuna todas las tropas con que puedo contar, y las prepare en vuestra defensa en el peligro que seguramente vais á correr.

—De ningun modo, contestó el caudillo de los españoles.

Agradezco en extremo el sacrificio que quereis hacer en obsequio nuestro, y no me opongo, si os empeñais en ello, á que tengais á vuestro ejército en pié de guerra para cualquier evento.

Pero yo os aseguro que no he de menester su socorro.

Si lo necesitara, para corresponder dignamente á vuestras ofertas, recurriría á vos ántes que á mí.

Dispuso Hernan Cortés los preparativos para el viaje.

Pero Magiscatzin, que no cesaba de temer que los españoles cayeran en algun lazo;

—¿No os extraña una cosa? le dijo un dia al caudillo.

—¿Cuál?

—Los caciques y los principales habitantes de las provincias, próximas han venido á saludaros. Han admirado vuestro valor; y sin embargo los de Cholula no les han imitado.

Esta observacion influyó poderosamente en el ánimo de Hernan Cortés.

Y aunque aparentó delante de Magiscatzin que nada le alarmaba la conducta de los de Cholula, la verdad es que mandó llamar á los embajadores de Moctezuma y les pidió cuenta de aquella omision.

Respondieronle que, en efecto, cometian un desacato no acudiendo á ponerse á sus órdenes; pero al mismo tiempo disculparon su conducta.

—Como los habitantes de la ciudad, le dijeron, viven entregados á continuas oraciones y apenas pueden salir de los muros de Cholula, no se han apresurado á cumplir su deber; pero es seguro que ántes de que partais de aquí lo cumplirán.

Acto continuo enviaron emisarios secretos para que de Cholula acudieran gentes á visitar á Hernan Cortés.

En efecto; dos dias despues se presentaron cuatro indios, humildemente ataviados, para obedecer las órdenes de los embajadores de Moctezuma.

Apénas supo Magiscatzin su llegada, fué á ver á Hernan Cortés, y le indicó que á juzgar por el atavío de los emisarios que iban desde Cholula á visitarle, no eran embajadores que merecian ser recibidos por él.

Persistió además en su anterior creencia de que se fraguaba alguna intriga fatal para los españoles.

Apénas entraron en Tlaxcala, los embajadores del emperador fueron á ver á Hernan Cortés.

—Ya os lo decíamos, exclamaron. Cholula envía emisarios á saludaros en su nombre.

Prevenido como estaba Hernan Cortés, lo dispuso todo para recibir con solemnidad á aquellos indios.

Al presentarse á él manifestó asombro é indignacion por la forma en que se presentaban á la presencia de muchos de los principales tlaxcaltecas, de sus capitanes y de los embajadores de Moctezuma, negándose á recibir á los de Cholula; y encarándose con los embajadores del emperador de México:

—Yo no puedo recibir á esos villanos, exclamó. Decidles que saben poco de urbanidad los caciques de Cholula, puesto que quieren evitar con un descuido una descortesía.

Humillados, se alejaron unos y otros, y Hernan Cortés dió la orden de partir para el dia siguiente.

Magiscatzin formó un numeroso cuerpo de ejército, porque estaba resuelto á defender con todas sus fuerzas á los españoles, y desconfiaba cada vez más de los cholulanos.

Los tlaxcaltecas querian hacer á Hernan Cortés una despedida digna del recibimiento que le habian dispensado.

Preparándolo todo con el mayor sigilo, le rogaron que ántes de ponerse en marcha fuera á la gran plaza del senado.

Allí estaban todos los magistrados de la república.

El ejército de los tlaxcaltecas se hallaba formado á su manera, y apénas se presentó Hernan Cortés los cabos ó capitanes de cada uno de los destacamentos que formaban se acercaron al caudillo y le dijeron:

—En nombre de la república venimos á ponernos bajo tus órdenes y á seguir tu bandera, no solo hasta Cholula, sino hasta México, en donde los magistrados de Tlaxcala creen que puede verse en peligro vuestra vida.

Resueltos estamos á morir por vos.

Hernan Cortés fijó sus ojos en aquellas tropas.

Constaban de más de seis mil hombres.

Todos los indios eran jóvenes, y la energía, y el valor se revelaba en su rostro.

El golpe de vista que ofrecia aquella masa de soldados era bellísima.

Cada capitán mandaba cincuenta ó sesenta hombres, y se distinguian los de cada compañía por el color de los penachos con que adornaban su frente.

Al lado de cada capitán iba un indio que llevaba en una especie de lanza las insignias de la compañía.

Las insignias eran águilas, leones y otras fieras, con signos ininteligibles para los espoñoles; pero que constituian, por decirlo así, la historia de las proezas que habian ejecutado los soldados que formaban las compañías ó batallones.

Hernan Cortés se esforzó mucho en rechazar aquel ofrecimiento.

Magiscatzin y los demas senadores insistieron por su parte en lo que aceptase.

—Puesto que os empeñais, admitiré vuestra ayuda con una condicion.

Hernan Cortés que no olvidaba ninguno de los cabos de su proyecto, aprovechó aquella circunstancia para obtener de los tlaxcaltecas una concesion que podia estrechar más y más los lazos que con ellos le ligaban.

Por orden suya, el mismo dia de su llegada á Tlaxcala, en la entrada de la ciudad se enclavó una cruz de madera.

Hernan Cortés consiguió que los magistrados de la república le asegurasen que se respetaria aquel signo de religion de los espoñoles

—La condicion que os exijo, añadió, es que se ha de conservar esa cruz; porque no lo dudeis, es la que ha de salvar á

todos, lo mismo á nosotros que á vosotros, de todo género de desventuras.

Prometieron obedecer su voluntad los tlaxcaltecas, y Hernan Cortés, ántes de despedirse, fué con todas sus tropas, con los senadores y gran parte del pueblo de Tlaxcala, al paraje en donde estaba la cruz.

Los historiadores más acreditados refieren un suceso extraordinario que tuvo lugar en aquel momento.

El cielo estaba despejado, trasparente, diáfano.

Solo á lo léjos se divisaba una nube blanquecina.

Hernan Cortés al llegar delante de la cruz se postró de hinojos y todos los que le acompañaban.

La nube fué bajando poco à poco, hasta que en forma de columna se detuvo perpendicularmente sobre la misma cruz.

«Salía de la nube un género de resplandor, dice Solís, que infundia veneraciony no se mezclaba á las tinieblas de la noche.

«Los indios se aterrorizaron al principio, comprendiendo el prodigio pero sin comprender el misterio.

La nube continuó más de cuatro años en el mismo sitio donde la dejó Hernan Cortés, todo el tiempo que tardaron en convertirse al cristianismo los tlaxcaltecas, y produjo en ellos tal efecto, que aseguraban que en el seno de la nube existia una ciudad protectora de los españoles, y protectora de ellos mismos mientras eran leales á la amistad que les habian jurado.

Admirados Hernan Cortés y los españoles de aquel prodigio, cobraron nueva fe y se pusieron en marcha hácia Cholula.

CAPITULO IX.

Camino de Cholula.

QUESTABA la ciudad de Cholula cinco leguas de la de Tlaxcala.

El ejército de Hernan Cortés, atravesando risueños campos, llegó hasta las orillas de un rio á la caída de la tarde.

Cuatro leguas habian andado los españoles, y no les quedaba más que una para llegar á la ciudad.

Hernan Cortés dispuso que no se vadease el rio hasta el dia siguiente, porque dado los recelos que abrigaba respecto á la sinceridad de los de Cholula, le convenia entrar á la luz del sol en sus dominios.

Pero no bien habia dado orden para que se estableciesen las tiendas de campaña y se improvisase el cuartel general, cuando acudió un indio zempoal de los que formaban su servidumbre á manifestarle que nuevos y distinguidos embajadores de Cholula deseaban saludarle.

Presentáronse, en efecto, ante él seis indios, lujosamente ataviados y seguidos de una inmensa servidumbre.

Algunos tamenes conducian, como regalos al jefe de los españoles, gran cantidad de víveres.

—Habreis extrañado, gran señor, dijo uno de los embajadores á Hernan Cortés, que la ciudad de Cholula no haya enviado á saluvaros embajadores de jerarquía como la nuestra.

No ha sido falta de consideracion, no ha sido olvido.

Pero los cholulanos de nuestro linaje no pueden sin menos cabo de su honra, penetrar en Tlaxcala, ciudad hostil á nuestro gran emperador Moctezuma, y por lo tanto en guerra siempre con nosotros.

Este ha sido el motivo de nuestra falta, que nos apresuramos á salvar, viniendo á ofreceros en nombre de Cholula el homenaje de su admiracion y su aprecio.

Dióse por satisfecho Hernan Cortés con estas explicaciones, y aceptó el regalo.

—Gran pena causará en nuestra ciudad, dijo el mismo embajador que habia usado de la palabra, no veros llegar esta noche cuando os esperaba regocijado con esa idea.

Haced un esfuerzo, señor, y encaminaos con vuestras tropas adonde os aguarda alojamiento y una acogida de las más carifiosas.

—Estimo el agasajo, contestó Hernan Cortés, pero mis tropas están cansadas, y aunque mi deseo seria complaceros, mi deber es atender á su cansancio.

En vista de esta resolucion, se alejaron los embajadores, anunciando al caudillo que al dia siguiente muy temprano saldrían á recibirle las personas más distinguidas de Cholula.

Por lo que pudiera suceder, tomó Hernan Cortés sus precauciones, y los centinelas que colocó diestramente velaron el sueño de sus compañeros.

En la madrugada vadearon todos el rio y se dirigieron á Cholula.

Ya divisaban las torres ó minaretes de la ciudad, y nadie salía á su encuentro.

Los jefes de las tropas tlaxcaltecas no ocultaron á Hernan Cortés el temor que abrigaban de verse sorprendidos por una emboscada.

Por lo que pudiera suceder, se preparó á resistir cualquier golpe de mano.

Afortunadamente, un cuarto de hora despues se presentó á su vista con gran pompa una numerosa embajada.

Los caciques principales, los butios y gran número de cholulanos desarmados, se presentaron á Hernan Cortés.

Grandes demostraciones de amistad hicieron los de Cholula á los españoles. En lo más entusiasta de su salutación, descubrieron á los tlaxcaltecas, y su fisonomía cambió de aspecto.

Los cholulanos que acompañaban á la embajada no pudieron contener su indignacion.

En presencia de aquella actitud, Marina se encargó de interrogar á los caciques acerca del descontento que manifestaban sus vasallos.

—Les indigna, contestó uno de los caciques, ver al lado de los españoles los tlaxcaltecas, sus enemigos.

No es posible consentirles que entren con armas en la ciudad.

Surgió, pues, este conflicto que era necesario salvar á toda costa.

Hernan Cortés no podia desairar á sus auxiliares, ni aparecer como que cedía ante los cholulanos. Pero necesitaba á toda costa evitar una lucha en aquellos instantes.

—No ha sido nunca mi ánimo, dijo á los caciques de Cholula, molestaros con la presencia de vuestros enemigos; y no lo ha sido porque vengo deseoso de brindaros la paz que deseais; que de otro modo no hubiera necesitado vuestra venia para llevar en mi compañía á los de Tlaxcala.

Al mismo tiempo Marina, aleccionada por él, decia á los de Tlaxcala.

—Los cholulanos os temen.

Permaneced en los alrededores de la ciudad, que Hernan Cortés os llamará en cuanto necesite de vuestra ayuda.

Satisfecho el amor propio de éstos, contribuyeron con su obediencia á evitar el conflicto.

Los de Cholula guiaron á la ciudad á los españoles.